

convento de las Delcazas y del de Capuchinos, en el cual entraron otra vez los nuestros, faltando poco para recobrarle, y habríanlo hecho sin el esfuerzo que llevó á los contrarios el general Marlot, que los rechazó á la bayoneta. Una parte de nuestra artillería fué tomada, pero desde las casas contiguas eran los enemigos acribillados. Sobre seiscientos españoles murieron en este ataque; ochocientos hombres tuvieron fuera de combate los franceses, entre ellos muchos oficiales de ingenieros; nosotros tambien perdimos, con llanto de todo el ejército, al valiente, entendido y experimentado comandante de ingenieros San Genis, que tan importantes servicios habia prestado. Lannes tuvo que prohibir á sus oficiales avanzar á pecho descubierto y para economizar sangre les mandó que solo hiciesen uso de la zapa y la mina para ir volando edificios. Oigamos como se expresaba este insigne mariscal en su despacho del 28 al Emperador. "Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de la plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha. "Y despues: "El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos hemos visto precisados á hacer uso del asalto ó de la mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo. etc." Decíase esto último despues de haber enviado un parlamentario que trajo por respuesta estar resueltos á defender hasta la última tápia; despues

de haber dado mortíferos é inútiles combates para tomar los conventos de San Agustin y Santa Mónica; despues de haberse disputado la posesion de una manzana de casas contigua á Santa Engracia, no solo casa por casa sino piso por piso, y habitacion por habitacion. Cuando se lograba en ellas, dice un historiador frances, ora por las aberturas que habian practicado los españoles, ora por las que hacian nuestras tropas, lanzábanse sobre ellos á la bayoneta. Pero frecuentemente solian dejar tras sí ó en los desvanes algunos tenaces enemigos. y nuestros soldados tenian bajo sus piés ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos. A veces solian poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habian conquistado y hacian saltar los techos y á los defensores que los ocupaban. En otros hacian uso de la mina y volaba el edificio entero. Mas cuando la destruccion era muy grande, veíanse obligados á marchar á descubierta de los tiros de fusil, y la experiencia de algunos dias les enseñó á no cargar la mina con exceso. De este modo lograron irse apoderando de algunas casas y conventos, sufriendo dentro de cada edificio un sangriento combate, teniendo que marchar los franceses siempre por debajo de la mina, y hallando de seguro la muerte los que tenian que andar al descubierto, aunque se resguardasen con tablones: los dueños de casas las incendiaban si esperaban abrazar dentro de ellas á los enemigos; así llegaron estos hasta el Coso, habiendo empleado en estas sangrientas lides, desde el 26 de Enero hasta el 7 de Febrero; habiendo perdido en ellas al general Rostoland, al bizarro y hábil Lacoste, y quedando mal heridos otros jefes.

Ansioso Lannes de avivar las operaciones de tan desas-

troso sitio, ordenó á Gazan que embistiese el arrabal, lo cual ejecutó con veinte piezas de grueso calibre sobre el convento de Franciscanos de Jesus, abriendo ancha brecha y desalojando de él unos trescientos españoles. Mas al querer penetrar en el contiguo de San Lázaro, situado á la orilla del Ebro, halló tal resistencia que se vió forzado á retroceder. Enviáronle toda la artillería de la derecha, merced á lo cual logró entrar en San Lázaro, en cuya magnífica escalera se empeñó tan sangrienta lucha entre franceses y españoles, que solo terminó con la muerte de casi todos estos. Con la ocupacion de aquel edificio quedó cortada la retirada á nuestras tropas del arrabal, pues al querer repasar el puente, era tal el fuego que los enemigos hacian que parecia brotar llamas el Ebro; muy pocos consiguieron franquearle, y aquel dia se perdieron entre muertos, heridos y prisioneros, mas de dos mil hombres. Cincuenta piezas colocaron los franceses para arruinar las casas situadas á la derecha y en el pretil del rio. Y entre tanto, en el centro de la ciudad, franceses y españoles minaban y contraminaban el paso del hospital de locos al convento de San Francisco; cargaron aquellos su mina con tres mil libras de pólvora, y fingiendo un ataque abierto, y apresurándose los españoles á ocupar todos los pisos del convento esperándolos allí á pié firme, oyóse una espantosa detonacion que estremeció toda la ciudad; una compañía del regimiento de Valencia voló toda entera por los aires juntamente con los escombros del convento. Al través de ellos se lanzaron los franceses á la bayoneta hasta desalojar á los españoles. Pero muchos de ellos se subieron al campanario, y sobre el tejado de la iglesia tuvieron serenidad para abrir un boquete en la bóveda, y por ellas arrojaron tantas granadas de mano que ahuyentaron

de allí á los franceses. Recobraron éstos sin embargo al dia siguiente aquel punto. En todas partes los frailes habian exhortado con su palabra y animado con el ejemplo, manejando la espada ó la carabina. Las mujeres suministraban cartuchos y peleaban tambien. Los franceses seguian minando el Coso para hacer saltar las casas de ambos lados.

Sucedia esto cuando la epidemia estaba arrebandando trescientas cincuenta víctimas por dia. Entraban diariamente en los hospitales sobre cuatrocientos enfermos; para los que en ellos cabian, faltaban medicinas y no habia alimentos; costaba una gallina cinco pesos fuertes; los que no cabian morian abandonados en las casas ó en las calles; no habia tiempo ni espacio para enterrar los muertos; estaban los cadáveres hacinados delante de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera; muchos deshacian y desgarraban las bombas que caian, ofreciendo sus mutilados y esparcidos miembros un espectáculo horrible. Los vivos, flacos, macilentos, estenuados parecian espectros errantes en medio de un vasto cementerio. El mismo Palafox, jefe de la plaza, atacado de la enfermedad reinante, se hallaba á las puertas de la muerte; en la noche del 18 al 19 tomó el mando una junta que precedia el regente de la audiencia D. Pedro María Ric; y todavia no faltaba quien propusiera se ahorcase á todo el que hablare de rendicion ó diera indicios de fallecimiento.

Por su parte los soldados franceses, cansados de lucha tan obstinada y terrible, y viendo que en mas de cuarenta dias solo habian logrado conquistar la ruina de dos ó tres calles, murmuraban y se preguntaban unos á otros: ¿Se nos ha traído á perecer á todos aquí? ¿Se ha visto semejante modo de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros

jefes? ¿Por qué no se aguardan nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á estos furiosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno, por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes? Procuraba Lannes reanimarlos, diciendo que era imposible que los enemigos defendieran todas las calles con el mismo teson, que la energía tenía su término; un esfuerzo mas, les decia, y pronto seréis dueños de la ciudad en que la nacion tiene cifradas todas sus esperanzas, y pronto recojeréis todo el fruto de todos nuestros trabajos y penalidades.

Al tiempo que Gazan hacia jugar sus cincuenta cañones para destruir el arrabal, pegóse fuego á dos hornillas de una mina que se habia practicado debajo de la Universidad, cargadas con mil quinientas libras cada una; voló aquel gran edificio con horroroso estrépito, abriéndose dos anchas brechas, por donde penetraron á la bayoneta dos batallones, y se apoderaron de la cabeza del Coso y de los dos costados. Todavía los nuestros hicieron esfuerzos increíbles de valor en otros edificios y en otras calles. Pero apenas quedaba ya en pié, la tercera parte de los combatientes, y éstos escuálidos y demarcados. Situacion tan angustiosa era insostenible.

Hecha la capitulacion, viene diciendo el historiador: «En su virtud, el 21 de Febrero de 1809; desfilaron fuera de la ciudad diez mil infantes y dos mil ginetes, pálidos y desencajados por delante de los soldados franceses, los cuales depuestas por aquellos las armas, entraron en la infortunada ciudad, en que solo se veian ruinas y cadáveres en estado de putrefaccion. Sesenta y dos dias habia durado el sitio. De cien mil habitantes, entre vecinos y refugiados, habian perecido cerca de cincuenta mil. Los mas de los

edificios habian sido arruinados ó destrozados por las bombas y las balas, perdiéndose entre otras preciosidades la rica biblioteca de la Universidad y la preciosa coleccion de veinte mil manuscritos del convento de San Ildefonso.» Dos historiadores, por cierto, nada sospechosos, (franceses) hablando del sitio de Zaragoza, dicen: «Ningun otro sitio podia presentar la historia moderna que se pareciese al cerco de Zaragoza: para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron, era preciso remontarse á tres ejemplos. Numancia, Sagunto y Jerusalem. Y á decir verdad, aún sobrepuja el horror del acontecimiento moderno al de los acontecimientos antiguos, á causa del poder de los medios de destruccion inventados por la ciencia. La resistencia de los españoles fué prodigiosa.» (*Thiers.*) El otro historiador dice: «La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los mas admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones despues de los sitios de Sagunto y Numancia.» (*Rogniat.*) El brigadier D. Pedro Villacampa con el objeto de instruir y disciplinar su fuerza, se retiró á las sierras de Albarracin colocándose en el célebre santuario de Nuestra Señora del Tremedal, de gran veneracion en toda aquella comarca.» Conociendo los franceses la necesidad de alejarle de aquellas asperezas, enviaron al efecto tropas de infantería, con artillería y un cuerpo de coraceros, que por medio de un hábil maniobra arrojaron de allí la gente de Villacampana' (25 de Octubre) volaron el santuario y saquearon é incendiaron el pueblo de Orihuela, situado á un cuarto de legua á la falda del monte.»

El general francés Lassalle derrotó cerca de Burgos las fuerzas mandadas por el conde de Belveder, habiendo entrado unos y otros revueltos á la ciudad.

«Algunos tiros disparados por los fugitivos en las calles de Burgos, sirvieron de pretexto á Napoleon (que allí se encontraba) para entregar la ciudad al pillaje, desórdenes (dice un historiador francés) poco propios para hacer amar la dominacion francesa en España. Apoderáronse entre otras cosas de dos mil sacas de lana pertenecientes á ricos ganaderos, que enviadas á Bayona y vendidas, valieron muchos millones. Cuando José (rey de España y hermano de Napoleon) entró en Burgos, el fuego destruía todavía algunos cuarteles de la ciudad; las casas estaban casi desiertas.»

El general Kellerman dispuso una requisicion de caballos para el servicio de sus fuerzas, ordenando que todos aquellos que no se entregasen para el servicio le sacásen el ojo izquierdo, marcásen é inutilizásen, órden que ni un caribe la habria dado.

«Encomendó Suchet (mariscal) el sitio y ataque de Mequinenza al general Musnier. No habia camino por donde los franceses pudieran llevar su artillería, y les fué preciso abrirle á través de las asperas montañas que por la parte de Occidente guardan nivel con la posicion del castillo, elevado y aislado por todos los demas puntos. Merced á esta difícil y penosa operacion, en que emplearon desde el 1º de Mayo hasta el 1º de Junio, y en cuyo intermedio tomaron tambien posesion á las orillas de los dos ríos, lograron los franceses aproximar al castillo su tren de batir. En la noche del 2 al 3 se abrió la trinchera; en la del 4 al 5 penetraron los sitiadores en la villa y saquearon é incendiaron muchas casas.»

Para concluir lo referente á la invasion francesa en España, insertaré aquí lo que el mismo historiador dice de la retirada de los franceses al mando del mariscal Massena:

«Cierto que el ejército francés fué dejando en todos aquellos infortunados países horribles huellas de sangre, de incendio, de desolacion y de muerte, cuyo relato hace estremecer. Presas de las llamas poblaciones enteras, martirizados y degollados sin piedad los moradores que se descuidaban en abandonarlas, contemplábase felices los que lograban ganar las crestas de los montes, llevando sobre sus hombros los ancianos, los enfermos y los inocentes párvulos. Mansion hubo en que se descubrieron hasta treinta cadáveres de mujeres y niños. Las chozas de las aldeas, los palacios de las ciudades, los monasterios solitarios, todo era igualmente saqueado y entregado despues al fuego; ni los sepulcros eren respetados, ni á las cenizas de los muertos se les dejaba reposar, antes se les esparcia al viento, como sucedió con los cadáveres de los reyes de Portugal sepultados en el monasterio de Alcobaza. Los lobos se agolpaban en manadas (dice un erudito historiador), donde como apriscados, de monton y sin guarda, yacian á centenares los cadáveres de racionales y de brutos.»

Ahora presentaré á mis lectores algunos pasajes de la última guerra en los Estados-Unidos de 1861 á 1865. Los célebres historiadores Spencer y Horacio Greeley, en su historia de los Estados-Unidos, hablando de la toma y rendicion de la ciudad de Newbern en la Carolina del Norte, dicen:

«No siéndole posible al enemigo resistir por mas tiempo, el general Burnside hizo avanzar todas las fuerzas á fin de perseguirle; mas se habia emprendido la retirada tan precipitadamente, que cuando la vanguardia de los federales llegó á la orilla del Frent, frente á Newbern, vióse que la ciudad estaba ardiendo por siete puntos distintos; el magnífico puente del camino de hierro se hallaba convertido

en una inmensa hoguera, y las tropas confederadas, con todas las locomotoras que había dentro y fuera de Newbern, se alejaban por la parte de Goldsboro. Los marinos unionistas consiguieron pronto apagar el fuego de algunos edificios; pero el puente, el mercado y una docena de casas quedaron reducidas á cenizas.

«Habiendo ocupado el ejército federal un antiguo campamento al Norte del Rappahannock, el general Hooker le dirigió una proclama, y entre cosas les decía:

«Los acontecimientos de la semana última bastan para henchir de orgullo á todos los oficiales y soldados de este valeroso ejército, que acaba de adquirir un nuevo lauro en las gloriosas jornadas de estos días. Hemos hecho largas y penosas marchas, cruzando anchos rios, sorprendido al enemigo en sus atrincheramientos, y do quiera que hemos peleado, siempre fueron mayores las pérdidas de nuestros contrarios. Hemos hecho además 5,000 prisioneros, cogido 15 banderas y 7 cañones, y hemos puesto, en fin, fuera de combate 18,000 hombres de tropas escogidas, destruyendo luego grandes depósitos militares, é interceptando todas las comunicaciones; hasta en fortalezas enemigas nos hemos apoderado de muchos prisioneros, sembrando por todo el país el terror y la consternación.» Capítulo III, página 453.

«El general Gregg, con algunas tropas de Maine y Nueva York, trata de destruir el puente del camino de Fredericksburg por la parte de Ashland, mas no pudo conseguirlo, y hubo de contentarse con quemar dos ó tres molinos, despues de lo cual volvió á reunirse con Stoneman.» El mismo capítulo, página 454. Los excesos cometidos por las fuerzas que tomaron el fuerte Pillow, son verdaderamente espantosos: hé aquí su descripción:

«En aquel momento el general Forrest envió un parlamentario con bandera blanca, intimando la rendición sin condiciones, y entónces Bradford (jefe de la plaza), mandó suspender el fuego y pidió se concediera una hora de término para consultar con sus oficiales, á lo cual contestó el jefe separatista (Forrest), que solo otorgaría veinte minutos, y que pasados éstos se daría el asalto sin mas aviso.

Miéntas se llevaban á cabo estas negociaciones, Forrest había hecho avanzar á sus tropas hasta situarlas muy cerca del fuerte en posiciones convenientes para lanzarse al asalto á la primera señal, y *apénas se hubo alejado el segundo parlamentario, acometieron resueltamente á las obras defensivas*, en las cuales penetraron sin gran dificultad. Entónces, y á los gritos de ¡no haya cuartel! ¡Muerte á los negros! comenzó una espantosa carnicería, en la que unos 300 hombres que habían ya rendido sus armas, fueron sacrificados desapiadadamente. Los soldados, furiosos, sedientos de sangre, y olvidando por un momento la disciplina, invadieron hasta el hospital y degollaron á los negros en sus mismas camas; las enfermas negras fueron sacrificadas con sus hijos, y ni aún la noche puso fin á la carnicería, pues al día siguiente volvió á empezar ésta, siendo entónces las víctimas cuantos estaban heridos.» Cap. XII, pág. 666.

Hablando del incendio de Colombia, Carolina del Sur, dice lo siguiente:

«Una bandera blanca, izada en la casa de la ciudad, anunció la rendición de Colombia; poco despues, precedido por las bandas de tambores y por la música, con las banderas desplegadas y gran aparato militar, penetró el ejército yankee por la calle mayor, dirijiéndose á la plaza del Capitolio.

«Apénas se hubo posesionado el enemigo de la plaza,

comenzó una espantosa escena de saqueo y pillaje; los merodeadores y toda la chusma que seguía al ejército, invadieron al momento las calles y las casas; el que necesitaba un par de botas se las quitaba al primero que encontraba al paso; todos buscaban relojes, y á varias señoras les robaron los suyos, llegando hasta el caso de que les arrancaran los pendientes y les sacasen los anillos de las manos, valiéndose de amenazas. No hubo mueble que no se sometiera al mas escrupuloso registro para ver si encontraban joyas ó efectos de algun valor, y hasta en los jardines, en los sótanos y en las chimeneas de las casas se revolvió y trastornó todo, con la esperanza de hallar alguna cosa escondida por sus dueños. Una cuadrilla de ladrones de profesion no hubiera podido hacer mas. El Rev. Mr. Sand, uno de nuestros mas venerables sacerdotes, que se dirijia al colegio de la Carolina del Sur, conduciendo un gran cajon, el cual encerraba los efectos para el servicio divino, todos de plata maciza, fué acometido por un yankee y un negro, amenazándole de muerte le obligaron á que lo entregase.

La conflagracion que redujo á cenizas una parte de la ciudad, comenzó al anochecer cerca de la cárcel, y como soplaba un violento huracán, se propagaron al poco tiempo las llamas de tal modo, que ya no fué posible contener el progreso de aquel elemento devorador. Desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada, la ciudad ofreció un aspecto tan grandioso como imponente; el cielo parecia adquirir poco á poco un color rojizo cada vez mas intenso; miles de chispas volaban en todas direcciones, y el estruendo de los tabiques que se hundian ó de las paredes que se derrumbaban, infundian pavorosa tristeza. Era el aire tan caliente, que parecia salir de un horno encendi-

do; por muchas calles no se podia pasar; hombres, mujeres y niños corrian en todas direcciones, aturdidos y como fuera de sí; todos los efectos que se arrojaban de las casas para salvarlos, sirvieron de pasto á las llamas ó fueron robados en el acto, y por último, veíase á muchos soldados del ejército federal, que embriagados completamente, recorrian las ciudades con teas incendiarias para pegar fuego á las casas que se habian salvado. Mas de 4.000 ciudadanos quedaron sin hogar y sin amparo; desde la casa de la ciudad hasta Cotton-Town, todo era un monton de ruinas ennegrecidas y humeantes, y de algunas calles de la ciudad ni siquiera quedaban restos. Despues de terminar la destruccion de Colombia, Sherman continuó su marcha hácia el Norte." Cap. XXVI, pág. 726.

Tal vez llamará la atencion á algunos de los lectores mi insistencia en presentar sucesos parecidos á los que tuvieron lugar en la toma de Guanajuato; pero si he insistido en referirlos, es porque este es el *gran caballo de batalla de los historiadores todos* que se ocupan en la narracion de este suceso, que unánimemente inculpan á Hidalgo de todo lo que allí aconteció, sin tomar en consideracion que aquellas desgracias tuvieron lugar contra la voluntad del caudillo y no obstante las órdenes severísimas que dictó en aquellos momentos para impedirlos, siendo de advertir que no solo las dictó en lo verbal y despues por bando, sino que personalmente salió á dar auxilio y defender las casas é intereses de los particulares, como vemos lo hizo con Alaman, y evidentemente lo mismo haria con otras muchas familias que se encontraban en iguales circunstancias, porque no habia de ser la sola excepcion, aquella familia y aquellos intereses. Cualquier otro general, y en una escala mucho menor en representacion que en la que

Hidalgo se hallaba colocado, habria mandado á sus subalternos para que defendiesen á aquellos que se veían ameados. Muy en pequeño son estas desgracias puestas en paralelo con las que he presentado á la vista del lector, omitiendo otra multitud acaecidas en fechas muy posteriores, por ejércitos y jefes de conocida reputacion, sin que á nadie se le haya ocurrido atribuir las á sus caudillos; males en verdad muy lamentables, pero que siempre han sido y serán las consecuencias forzosas de la guerra.

La generosidad con que se portó Hidalgo con su mas implacable enemigo D. Gil Riaño, no solo devolviéndole á la intendenta todos los valores que tenia de su propiedad en la Alhóndiga esta señora (y que eran realmente botin de guerra) y mandando despues abundantes recursos para que se curase D. Gil de sus heridas, sino que le propuso una alta graduacion en su ejército, si abrazaba su causa: no es ménos digna de elogio esta accion á la tan decantada por los historiadores, de la que hizo Alejandro con la familia de Darío, rey de Persia.

Las palabras con que contestó á la súplica que le hacia la señora esposa de D. M. Baranda, padre del distinguido magistrado de Guanajuato, para que pusiese en libertad á su esposo, revelan con toda claridad la nobleza de sentimientos y elevado espíritu de Hidalgo y confirman plenamente todo lo que he dicho poco ántes. Esta señora, acompañada de su pequeño hijo, ocurrió al caudillo, suplicándole se sirviese poner en libertad á su marido. Escuchóla Hidalgo con atencion, y conmovido por los ruegos de la señora y del hijo, le contestó.

«Señora, las circunstancias me obligan á disimular estos males necesarios, que soy el primero en sentir y lamentar. . . . Su marido de vd. queda en libertad, ya que se

ha librado del furor de mis soldados, y ojalá que así pudiera yo salvar á todos sus compañeros de infortunio.»

La contestacion que dió á las observaciones que hacia el cura Labarrieta sobre el juramento de fidelidad hecho á Fernando VII y que no podian conciliar estas ideas, con los planes de independenciam que proponía Hidalgo, dá á conocer su vasta penetracion. El juicio que de Fernando VII hizo al decir que aquel era un *ente* que ya no existia, era la verdadera historia de aquel inepto monarca, haciéndola en dos palabras.

La extraordinaria actividad que desplegó para reorganizar la administracion de aquella capital que á consecuencia de los sucesos en ella ocurridos, se habia destruido todo lo existente, así como la creacion de la casa de moneda, fábrica de fundicion, arreglo de sus tropas, en solo ocho dias, manifiestan un génio verdaderamente creador y organizador y un exquisito tacto en elegir personas aptas para desempeñar toda clase de comisiones.

Muy pocas son en número las guerras de esta naturaleza, que presenten caracteres ménos marcados con actos de verdadera barbarie, como la nuestra. De una manera decidida se afirma, y magistralmente se asienta, por la mayor parte de nuestros historiadores, que las masas que Hidalgo acaudillaba, se componian de hombres criminales, y que si lo seguian era solo guiados por el instinto del robo y del pillaje. No es esto cierto, y los hechos prueban lo contrario. El único acto de verdaderos desórdenes fué el que tuvo lugar en Guanajuato, debido á la resistencia que se hizo en aquella plaza y que fué preciso tomarla por asalto. Pero ni en Dolores, ni en San Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato, Valladolid, Tacámbaro, Maravatío, Toluca, Leon, Silao, Lagos y Guadalajara, se repitieron las escenas de

Guanajuato, porque en ninguna de estas poblaciones se opuso resistencia.

En comprobacion de lo indicado, desde luego puedo presentar un hecho que habla muy alto en favor del orden y disciplina que aquella masa de hombres tenia y que hasta hoy ningun historiador ha hecho de él mencion, y es que no hubo ningun desorden notable en aquella capital cometido por los independientes, mientras duró el ataque á la Alhóndiga ó castillo de Granaditas, hasta que vencida la formidable resistencia que presentaron los realistas y exaltados los vencedores por el combate, sucedió lo que casi siempre acontece, que los desórdenes inmediatamente suceden á la victoria. El instinto é inclinacion al pillaje, atribuido á los independientes por los historiadores enemigos de la causa nacional, en esta vez no tuvo lugar. La plebe de Guanajuato, deseosa de vengar antiguos agravios por la poca consideracion y mal trato que recibian de sus patronos y amos de aquellas negociaciones y unida á una parte de los sitiadores y solo hasta la hora del triunfo comenzaron los abusos. Pero se me objetará diciendo: ¿y los asesinatos de Valladolid y Guadalajara? Aplazo al lector para que á su debido tiempo, hagamos el análisis de aquellos lamentables sucesos.

Firme en su propósito de no estacionarse en ninguna poblacion, sino de ocupar con sus fuerzas y hacer cundir el fuego de la revolucion por todas partes, mandaba emisarios con este objeto. La revolucion habia tenido su origen, su cuna, en el centro, en el corazon de la Nueva-España. Encontrábase Hidalgo rodeado por todas partes de enemigos y si bien su posicion en este sentido era sumamente peligrosa y difícil, tambien era imponente y magestuosa.

Las grandes reacciones morales y físicas, nunca parten de las extremidades al centro, sino que tiene su origen del centro á las extremidades; las revoluciones cuyo objeto es cambiar nuestro modo de ser social, que de la esclavitud nos hacen pasar á la libertad, de la muerte nos tornan á la vida y de la postracion y abatimiento, á la dignidad de hombres y de seres libres y pensadores, esas revoluciones tienen su origen en el corazon, siendo éstas las mas bellas conquistas de la humanidad. Penetrando Hidalgo de estas ideas, difundíalas por cuantos medios le eran posibles; sus rápidos triunfos los aprovechaba en dar mayor ensanche á su plan de operaciones militares.

Establecido el orden y tranquilidad en Guanajuato y toda su provincia, y en corriente su administracion, no se engolfó en sus triunfos, ni durmió sobre sus laureles, sino que se aprestó á nuevas luchas, á nuevos combates. Provisto su ejercito con mas abundantes elementos, mejor disciplinado y satisfecho por las victorias obtenidas, se hallaba preparado para seguir en nuevas conquistas. Pero dejemos por un momento á Hidalgo en Guanajuato, para instruir al lector de las providencias que el virey tomaba para conjurar la revolucion, así como de los movimientos del comandante de San Luis (Calleja) de quien estaba pendiente Hidalgo.